

un caso en el que mostró Rogers que poseía una imaginación muy viva. Comiendo un día con un amigo, estaba sentado vuelto de espaldas á una ventana que tenía un solo cristal grande. Mirando hacia atrás creyó que estaba abierta, é inmediatamente se constipó.

Los hombres inspirados componen ciertamente con una rapidez y una fogosidad desconocidas de los trabajadores ordinarios. Alfieri nos dice que compuso el primer acto de *Alceste* con verdadera furia y derramando torrentes de lágrimas. Las grandes obras de los genios rara vez son producidas lentamente. Cuando el poeta se detiene para pulir y sobrecargar su idea con adornos, el perfume de la concepción se evapora. La inspiración huye, y se pierde la ilación de las ideas.

Shakespeare, Petrarca, Dante, Scott, Goethe, Shelley, escribían todos con rapidez, por más que á Petrarca le gustaba mucho pulir el estilo. Goethe no quería que se le escapase ninguna idea, y para ello la confiaba inmediatamente al papel. Un día que se vió honrado con la visita de un gran monarca, Goethe salió corriendo en medio de una conversación interesante, y fué á otra habitación á escribir una idea que le acababa de ocurrir para su *Fausto*. Pope no hubiera permitido que se le fuese una idea, ni aun durante la noche. Se levantaba, encendía una vela, y la anotaba. Southey, escribiendo á Walter Scott, le decía: « Créame, Walter Scott, ningún hombre de verdadero genio fué nunca un purista partidario de la corrección ó intransigente con todas las faltas, excepto con las suyas. Los mejores artistas, lo mismo en poesía que en pintura, son los que más han producido.»

¡ Al mismo tiempo no es necesario tentar el *tour*

de force del autor mencionado por Horacio, que componía doscientos versos mientras se mantenía en un solo pie! Inútil es añadir, que ninguno de aquellos versos cojos sobrevivió. Sin embargo, la composición fácil de lo que es digno de leerse, puede obtenerse por medio de la preparación y el estudio. Aunque pueda parecer espontáneo, no será sino el resultado de un trabajo previo. Habiendo pedido un plutócrata á Horacio Vernet que dibujase una cosa al lápiz en su album, Vernet la hizo, y pidió mil francos por ella. « Pero si sólo ha empleado unos cinco minutos en dibujarla », dijo el rico. « Sí, dijo Vernet, pero me he empleado treinta años de estudio para aprender á hacerlo en cinco minutos. »

Erasmus compuso su *Elogio de la Locura* (*Encomium Morie*) en siete días, pero en él condensó el resultado de los estudios de su vida entera. « Y en esto consiste verdaderamente, dice Carlyle hablando de Scott, todo el secreto; semejante rapidez para escribir, después de la debida preparación, es sin duda el verdadero método; el ardiente horno, después de haber empleado en caldearse poco á poco largo tiempo, deja salir el oro puro de un solo chorro. »

Aunque Chapman se vanagloriaba de haber traducido los doce libros de Homero en sólo quince semanas, la traducción no hubiera perdido nada si hubiese empleado más tiempo en ella. Los últimos toques, que dan gracia y encanto á los pensamientos poéticos, sólo pueden obtenerse con paciencia y tiempo. La forma feliz de la idea, viene tras larga meditación que le permite tomar posesión del espíritu y de la memoria humana y vivir perdurablemente en ella.

Smollet hizo una apuesta con Hume en su *Historia*

de Inglaterra; escribió cuatro volúmenes en cuarto en catorce meses. Del mismo modo que Johnson leía «sacándole las entrañas á un libro», así también escribió con inmensa rapidez. Una de sus mejores producciones *The Life of Savage* (*La vida de Savage*). fué escrita, según él, en treinta y seis horas, y su *Vanity of Human Wishes* (*Vanidad de los deseos humanos*), que contenía cerca de veintiseis páginas en verso, fué escrita en un día. *Rasselas* fué compuesto durante las noches de una semana para pagar los gastos de los funerales de su madre; y se imprimió tan pronto como estuvo escrito. Dumas padre fué uno de los más fáciles escritores modernos. Escribió los cuatro primeros tomos de *Monte Cristo* en diez y seis días, en una cabaña de pescadores, en Trouville, en compañía de su colega monsieur Magnet, sentado enfrente de él en la misma mesa: y ésta es probablemente la más popular de sus obras ¹.

Los grandes compositores de música han sido en su mayor parte trabajadores infatigables. Scarlatti, el mayor, no produjo menos de doscientas misas, cien óperas y trescientas cantatas. Haydn, fuera de sus seis oratorios, dos de los cuales eran *La Creación* y *Las Estaciones*, compuso ciento seis sinfonías, doscientos conciertos, ochenta y tres cuartetos de violín, sesenta sônatas para piano forte, quince misas, catorce óperas, sesenta y dos canciones, un *Te-Deum* y un *Stabat Mater*. Y puede decirse que algunas de sus mejores obras fueron de las escritas más de prisa.

1. Como fecundidad y facilidad de escribir puede citarse á nuestro novelista Fernández y González, que dictaba varias novelas á la vez. — (N del T.)

Hændel fué un trabajador perseverante y rápido, hasta después que se vió atacado de parálisis. Tenía un clavicordio favorito, cuyas teclas estaban gastadas como el hueco de una cuchara, á causa del trabajo incesante. Cuando se sentía inspirado, escribía con extraordinaria vehemencia. *El Mesías* fué compuesto en veintitres días, é *Israel en Egipto*, en veintisiete. En un año compuso *Saulo*, *Israel*, *Oda de Dryden*, *Júpiter en Argos* y sus veinte *Grandes Sonatas*, todas ellas trabajos de primer orden.

Pero Mozart tenía aún más facilidad. Su *Matrimonio de Figaro* fué compuesto en un mes; el gran final del segundo acto le ocupó durante dos noches y un día, trabajando sin interrupción. *Don Juan*, fué compuesto en seis semanas, aunque su asunto había sido ya meditado enteramente por Mozart. La *overtura* no la empezó hasta la noche anterior á la fijada para la primera representación de la ópera. La empezó hacia la media noche, y estaba ya lista por la mañana. Las hojas fueron dadas á los copistas; pero su trabajo era tan lento y prolongado, que por la noche cuando llegó la hora de empezar la representación, el auditorio tuvo que esperar la *overtura* tres cuartos de hora. Al fin entregaron apresuradamente los papeles cubiertos aún de arenilla á la orquesta, y la música fué ejecutada sin previo estudio, con inmenso aplauso. La ópera *Zauberflote* también fué escrita con extraordinaria rapidez, aunque la salud de Mozart iba debilitándose más y más con las irregularidades y excesos de trabajo. Trabajó día y noche y terminó la ópera en pocas semanas. Compuso después su *Clemencia de Tito* con igual rapidez, empezándola durante un viaje y acabándola en diez y ocho días. Su última obra fué el

Requiem, que escribió en su lecho de muerte, trabajando hasta su último suspiro ¹.

Es también digno de notarse que las obras maestras de Mozart fueron en su mayor parte compuestas en medio de una multitud de paradas, exigencias de los deudores, y cuidados é impertinencias. Las grandes obras de Hændel fueron escritas en medio de arrebatos de ira, vejaciones y mortificaciones, porque tenía un carácter muy irritable, y su salud no era muy robusta desde su primer ataque de parálisis. Las más lindas romanzas de Wéber fueron concebidas y ejecutadas en medio de impertinencias y multitud de cuidados; y las más luminosas ideas de *Oberon*, como las de Scott, en *La desposada de Lamermoor*, las tuvo cuando se hallaba postrado por el dolor y los padecimientos. En aquellas circunstancias, el espíritu dominaba al cuerpo y desafiaba los tormentos de que era víctima.

Semejantes obras no son, sin embargo, debidas á los esfuerzos preparatorios del trabajo y talento, aunque sean perseverantes, sino á la influencia de lo que llamamos genio. Es difícil definir esta palabra. Puede ser el talento con mayor intensidad ó la energía de la imaginación; sin embargo es algo más. El genio da la vida á las cosas muertas. Hazlitt dice que el primer impulso del genio es crear lo que antes no existía. Ruskin lo llama el poder de penetrar hasta « las más profundas raíces del objeto. » Mill lo define como « el don de ver las verdades con mayor grado de profundidad que los demás. » Coleridge dice que es « la facultad de producción. » John Fóster cree que es « el

1. Holmes, *Life of Mozart*. (Vida de Mozart).

poder de encender nuestro propio fuego »; y Flourens lo define: « el mayor desarrollo de la razón en un hombre. » Se ha dicho del genio de Molière, que era el sentido común aguzado hasta el punto de brillar.

Pero el genio es más que todo esto. Es energía intensa, es la personalidad de un hombre, algo distintivo y que le es propio. El genio es más que la inteligencia; es el instinto inspirado ¹.

Ha habido generales, músicos, artistas y poetas predestinados. *Poeta nascitur, non fit*, es una máxima muy conocida ². Los hombres ordinarios son imita-

1. Oigase lo que un distinguido fisiólogo, el doctor John Fletcher, de Edimburgo, dice de la relación del instinto con el genio: « Cuanto más se deja guiar el hombre, al procurar la perfección en sus obras por el instinto, más grande es su genio; y cuanto más se deja llevar por la razón y la voluntad, más grande es su talento. »

La conciencia de la existencia en nosotros de un poder superior á todo lo que podemos fiscalizar es lo que ha guiado á los poetas de todas las edades á invocar á Apolo y á las musas para que inspiren sus versos, en otros términos, á invocar á la pasión ó al instinto para sobreponerlos á la razón. Este poder instintivo que absorbe el espíritu y dirige la poderosa mano de un Miguel Angel y de un Rafael, y que excita no sólo las concepciones, sino hasta los movimientos físicos destinados á hacer obras que los siglos ponderan con admiración y encanto, es indiscutible.

Es verdad que el instinto, corriendo así libremente contra la razón, es muy capaz de hacerse mórbido en el hombre y hasta de acabar en idiotismo ó locura incurables, y esta subordinación de muchas de las grandes acciones de un gran genio y de una persona maniática ó fatua al mismo impulso ciego, es la que produce esa alianza estrecha entre lo sublime y lo ridículo, lo elevado y lo hinchado, lo mismo en sus obras que en sus pensamientos y palabras, y lo que ha proporcionado en todos los siglos tema fecundo de discusión...

Es una preponderancia mórbida semejante del instinto sobre la razón la que conduce al hombre á toda clase de intemperancias, aunque ésta resulte más frecuentemente de la debilidad de la razón, como sucede en los hombres de genio que son por desgracia frecuentemente caracterizados por este achaque. *Rudimentos de Fisiología*. Edimburgo, 1836.

2. En España tenemos el refrán: *El poeta nace y el orador se hace.* — (N. del T.)

dores; los de genio son creadores. El genio empieza donde acaba la regla. La paciencia y el trabajo buscan un camino, el genio lo encuentra. La inteligencia no es sino una herramienta, el genio es una inspiración, un don, un soplo. Por esta razón los hombres, en los siglos pasados, lo consideraban como una cosa sobrenatural y divina. El hombre de genio era el profeta, el sacerdote, el héroe.

Miguel Angel veía con los ojos de su espíritu, sin auxilio de ningún modelo ni dibujo, la estatua encerrada en el bloque de mármol; tomaba su cincel, rasgaba los velos y sacaba el dios, para maravilla y admiración de todos los tiempos. Dicese que Paisiello, en los momentos de composición, se ocultaba bajo las sábanas, esforzándose por alejar de su memoria todas las reglas y preceptos de su arte, y exhalando sus sentimientos con esta invocación: « ¡Madre mía, otorgadme la gracia de hacerme olvidar que soy músico! » Y Palestrina en el manuscrito de su hermosa *Misa del Papa Marcelo*, considerada como la verdadera perfección del arte, escribió estas palabras: *Domine, illumine oculos meos*.

Según Avicena, todas las cosas obedecen al alma humana elevada en éxtasis. La atención concentrada comunica mayor intensidad al poder del espíritu, así como las rayos calóricos que caen en un espejo cóncavo se concentran en un solo foco de calor. La fuerza de la inteligencia de un hombre es igual á la fuerza de su concentración. Y la concentración significa exaltación, éxtasis, inspiración. Esto es lo que principalmente constituye la diferencia entre los hombres y los resultados que los mismos obtienen en poesía, elocuencia, ciencias, invención ó arte. Este es el punto

culminante del genio, el punto al que llegó Arquímedes cuando corría medio vestido por las calles de Siracusa durante el sitio, gritando: « ¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! » pensando los transeuntes que estaba loco. Así es como Newton realizó su gran descubrimiento « pensando siempre en él »; es decir, por medio de su intenso poder de concentración de ánimo en el objeto de sus investigaciones.

Cuando los hombres se han visto obligados á abrazar un oficio particular, se hallan metidos en un callejón sin salida. Su espíritu y sus costumbres se adaptan á su estado; su situación parece ya resuelta, y se hallan atados con redes de las que parece casi imposible poder escapar. Pero la tendencia del genio consiste en no ser reprimido. Se abre paso entre la multitud de las circunstancias, venciendo los obstáculos y dificultades del trabajo y de la pobreza. Así, Hans Sachs logró librarse de su oficio de zapatero, Juan Stowe del de sastre, Arkuright del de barbero, Claudio de Lorena del de pastelero, Bunyan del de calderero, Molière del de tapicero, Keats del de droguista, y otros muchos grandes hombres de mil obstáculos que parecían á primera vista hacer imposible el que se distinguiesen.

Rabelais era médico y Locke cirujano; pero el primero llegó á ser un gran espíritu y un escritor satírico, y el otro un filósofo distinguido. Galvani era un médico de mucha clientela cuando hizo el descubrimiento que lleva su nombre, y á cuya continuación consagró después su vida. Schiller y Smollet eran cirujanos, uno del regimiento de granaderos del duque de Wurtemberg, el otro (como segundo cirujano) de un navio de línea, cuya vida á bordo describe

en *Roderick Random*. El viajero Mungo Park el poeta Crabbe, Goldsmith el autor del *Vicario de Wakefield*, el hombre de Estado italiano Farini, el arquitecto inglés Rickman, sir Thomas Browne, sir Richard Blackmore, Wollcott, Akenside y Keats, pertenecían todos á la misma profesión. Mister Haden, al paso que hacía sus más hermosas obras de grabado, cuidaba en Londres de una gran clientela, y Sainte-Beuve era tan hábil disector como fué después eminente crítico.

Nuestro mayor fisiólogo ha dicho: « Ningún hombre que haya querido ser gran hombre lo ha sido. » Y en verdad, los hombres de mayor genio lo son frecuentemente sin darse cuenta de ello. Este parece haber sido el caso de Shakespeare, que se contentaba con desempeñar un papel secundario en el Teatro del Globo, en la tragedia de Ben Jonson, *Seyano*, y con aprender de memoria los pesados versos de su amigo. Dice Pope de Shakespeare que « fué inmortal á pesar suyo ». En los comienzos de su vida, particularmente, el poseedor del genio es tan poco consciente de ello como los demás. Aquél brota casualmente después de repetidos ensayos y á veces de repetidos fracasos. Así Newton fué llevado por sus fracasos en la astrología judicial al estudio de la filosofía natural y de la astronomía, en cuyo estudio conquistó justa fama. Newton era, como Shakespeare, enteramente indiferente á la fama. Y sin embargo, un escéptico como Voltaire, ha dicho de Newton, que si toda la raza humana pudiese juntarse desde la creación hasta ahora, en la graduación de los genios, Isaac Newton estaría á la cabeza.

Aunque el genio es á veces una ley para sí mismo,

realiza más frecuentemente su objeto por medio del trabajo, que lo conquista todo. Y la capacidad misma de trabajo muy perseverante y excesivo tiene mucho de la naturaleza del genio. Hasta se ha dicho que la gran diferencia entre los hombres consiste, más que en sus cualidades originales, en su capacidad de trabajo continuo y perseverante. Debe haber, sin embargo, la chispa del poder creador; pues de otro modo, el trabajo por sí solo produce poco. Los hombres de genio no son solamente laboriosos y perseverantes, sino en su mayor parte entusiastas. En el caso de descubrimientos é inventos no se puede hacer nada sin entusiasmo. El hombre de genio se adelanta, generalmente, á su siglo. No solamente le desconocen sus contemporáneos, sino que á veces hasta le hostilizan y se burlan de él. Esto es lo que ocurrió con el descubrimiento de la ley de la gravitación universal, de la teoría ondulatoria de la luz, de la aplicación del vapor á la industria y á la locomoción, y del principio de la evolución y de las nuevas leyes de crecimiento y desarrollo en el mundo que nos rodea.

El genio, sin embargo, no es siempre tan inconsciente como en el caso de Shakespeare y Newton. Algunos, no sólo han reconocido, sino hasta proclamado su genio antes que el mundo lo reconociese. « Cuando yo haya muerto, decía el gran fisiólogo, no hallaréis tan pronto otro Juan Hunter ». El Dante aspiraba al primer puesto entre los poetas, y profetizaba confiadamente su propia fama. Kepler creía que el país á que pertenecía se glorificaría con su nombre, y que sus descubrimientos serían confirmados por los siglos venideros. Decía de uno de sus libros: « Poco importa que sea leído por la posteridad ó por mis contem-

poráneos; bien puede esperar lectores durante un siglo, cuando Dios mismo durante seis mil años no ha enviado al mundo un observador como yo». Una vez, hallándose en compañía de Condé y Vendôme, Voltaire exclamó: «Somos todos reyes, príncipes ó poetas». Mirabeau pretendía ser pariente de todos los genios. Cuando hablaba del almirante de Coligny, siempre cuidaba de agregar: «quien (entre paréntesis) era primo mío».

Goethe tenía la franqueza de confesar que no aceptaba nunca ninguna alabanza que él mismo no se hubiese ya atribuido. Wordsworth se anticipaba con confianza al juicio de la posteridad acerca de sus poetas, y aseguraba que se reconocería que había ejercitado su facultad de imaginación en los objetos más estimables. Y á no verse estimulado por el deseo de la apreciación simpática de los venideros, ya que no de la de sus contemporáneos, hay hombres de imaginación que no hubieran tenido la energía necesaria para traducir sus sentimientos en verso ¹.

Los grandes hombres, en cierta manera, no son sino el producto y el fruto de su época. Están hechos y amoldados por los tiempos en que viven. Al mismo tiempo que ellos influyen sobre sus contemporáneos, también reciben á su vez la influencia de los mismos. La familia que los rodea, su educación é instrucción, la opinión política y religiosa de su época obran más

1. El inmortal Cervantes presintió y anunció la gloria de su nombre. También dijo de sí el insigne Ríoja:

... En el último día
Comenzará á brillar la gloria mía.
(N. del T.)

y más sobre su naturaleza, dan dirección á su carácter y despiertan sus mejores facultades. Por eso, los grandes hombres, bajo la influencia de tales causas, aparecen tan frecuentemente en grupos ó constelaciones. Uno de estos grupos apareció en Grecia, en tiempo de Pericles; en Roma, en el tiempo de Augusto; en España durante el reinado de Felipe II, y en Francia á principios del de Luis XIV. El reinado de Isabel fué por antonomasia la época de los ingleses, de Shakespeare, Spencer, Bacón, Jonson, Howker, Sidney, Raleigh, Hawkins, Drake y Cecil. Durante el reinado de Carlos I apareció otro grupo de grandes nombres: Jeremías Taylor, Clarendon, Falkland, Harvey, Milton, Hampden, Pyn, Vane, Cromwell, Blake y otros muchos.

En Italia hubo una pléyade de grandes artistas que aparecieron casi simultáneamente: Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Perugino, Rafael, Sebastián del Piombo, Ticiano, Corregio, Luini y otros; mientras que en la moderna Alemania surgió una brillante constelación de grandes poetas y críticos. Klopstock, Goethe, Lessing, Wieland, Schiller, Schlegel, Fichte, Schelling, Richter, Herder y los Humboldt. Es digno de mencionarse que Alejandro Humboldt vió la luz en 1769. El mismo año vinieron al mundo Napoleón I, Wellington, Mehemet-Alí, Cuvier, Castlereagh, Brunel el Mayor ¹; y en el mismo año construyó el primer coche de vapor el francés Cugnot; obtuvo privilegio para la máquina de hacer medias el inglés Ark-

1. Y Chateaubriand. Nuestro insigne Quintana nació algo más tarde, en 1792, y el inimitable Goya algunos años antes. — (N. del T.)

wright, y para el condensador de vapor el escocés Jacobo Watt.

En Escocia hubo también un grupo importante que, además de Jacobo Watt, comprendía á Adam Smith, José Black, Robison, Hume, Fraser-Tytler y Dugald Stewart. Watt no era más que un individuo de un grupo de grandes inventores contemporáneos que en tan gran número hicieron surgir las necesidades de su siglo. No eran estos inventores profesionales, ni siquiera ingenieros. Watt era fabricante de instrumentos de matemáticas; Arkwright, barbero; Cartwright, el inventor del telar mecánico, sacerdote; Bell, que inventó después la segadora, un ministro escocés; Armstrong, el inventor de la máquina hidráulica, abogado; y Wheatstone, el inventor del telégrafo eléctrico, fabricante de instrumentos músicos. Estos grandes hombres hallaron casualmente su verdadera vocación, y se abrieron camino á través de todas las dificultades y obstáculos.

La paciencia y la perseverancia son tan necesarias en la dirección de los negocios públicos y filantrópicos, como en la preparación de libros ó la invención de máquinas. La paciencia no es pasiva, sino al contrario, activa; algunas veces es fuerza concentrada en sí misma. Los grandes hombres de Estado han sido, en su mayor número, pacientes y perseverantes. Washington, Adams, Jefferson, Webster, Lincoln, y otros políticos americanos, se distinguieron por su laboriosidad. Webster declaraba que no podía decir á qué sabía el pan de la ociosidad. « He trabajado, por término medio, decía á un amigo, más de veinte horas por día durante cincuenta años. »

Lo mismo ha sucedido con nuestros hombres de

Estado, en los tiempos de Isabel, de Jorge III y en los actuales, y con los eminentes estadistas de otros países, especialmente de Alemania é Italia; pero nos falta espacio para extendernos acerca de su notable laboriosidad.